

# El mariateguismo como desafío

Escribe Alberto Flores Galindo

¿Cuáles fueron los aportes fundamentales del pensamiento Mariátegui? Poco tiempo después de muerto —para elogio o proche—, muchos hubieran respondido señalando sus estudios sobre la comunidad indígena. Después, la atención de los comentaristas y discípulos pareció derivar en sus balances sobre la economía peruana: el capitalismo y la feudalidad en el Perú. En fechas más recientes, se ha trabajado la propuesta socialista de Mariátegui. Sin embargo, ahora ya no nos parece que el arte original de Mariátegui deba buscarse en sus apreciaciones secretas sobre la realidad peruana o en la visión que construyó de nuestro país; todo esto es, como ocurre con cualquier marxista, enmarcado por las limitaciones de una época que apenas se aventuraba intuitivamente en el conocimiento del mundo y, por otro lado, los años transcurridos, hacen del Perú actual una sociedad significativamente distinta de la que retrató José Carlos Mariátegui.



práctica sobre la teoría, la intuición sobre la razón, lo espontáneo sobre lo planificado, la creación por encima de las supuestas leyes históricas. Quizá aquí se puede advertir un cierto trasfondo anarquista que le viene tanto por su relación con el movimiento obrero peruano, como por sus lecturas de Sorel. Todo esto diri-

vó en hacer de Mariátegui un personaje no muy lejano de esos populistas rusos, del espontaneísmo a la manera de Rosa Luxemburgo o, para buscar otros vínculos que ofendan menos a la ortodoxia, del Lenin que redacta las tesis de abril y que cita a Goethe recordando que gris es la teoría frente al árbol verde de la vida.

El mariateguismo se pudo definir como una "creación heroica". Algunos entendieron que se trataba de un giro retórico y hasta melodramático; otros pretendieron relacionarlo con las penurias económicas y físicas de Mariátegui. Pero en realidad sería difícil encontrar otras palabras, igualmente justas, para el esfuerzo de pensar el socialismo sin quedar al remolque de las corrientes dominantes, sin perder de vista la especificidad, en una sociedad atrasada, donde la industrialización era incipiente y el campesinado gravitaba como una fuerza social y como portador de una antigua tradición histórica.

Mariátegui, mejor que cualquier otro coetáneo suyo incluido el propio Haya, fue consciente de vivir no en un arrabal de Occidente, sino en una sociedad distinta. La evolución histórica andina fue trastocada por la conquista, pero no abolida. Así como el pasado diferenciaba y hasta contraponía al Perú y Europa, el futuro no consistía en alcanzar necesariamente las metas occidentales. Por este camino el mariateguismo comenzó a distinguirse entre socialismo e industrialización. Esa imagen según la cual edificar una sociedad socialista equivalía a redistribuir la riqueza, expandir el área estatal de la economía, modernizar una sociedad (imagen con la que colmularon el "socialismo real" y los socialistas peruanos del tiempo de Velasco), no fue la intuida por Mariátegui. Su proyecto era otro: el socialismo debería rescatar la verdadera personalidad nacional del Perú e incorporar las tradiciones guardadas en las comunidades campesinas. En otras palabras, el mariateguismo representó el primer intento de hacer hablar al marxismo en quechua.

Primer intento desplegado por un político e intelectual que rechaza a Occidente pero apenas comienza a vislumbrar el mundo andino. Mariátegui había estado en Europa pero muy poco tiempo en la sierra (un breve viaje a Huancayo). Su relación con el mundo indígena estaba mediada por algunos dirigentes campesinos (como Urviola) e intelectuales (Valcárcel, Romero). No conocía quechua o aymara. Los conocimientos que disponía sobre las comunidades eran todavía insuficientes. ¿Hasta qué punto el capitalismo ya habría erosionado ese agrarismo campesino en el que cifraba tantas esperanzas? En la célebre polémica sobre el indigenismo, Luis Alberto Sánchez le plantea este interrogante. Mariátegui no dispone de una respuesta contundente.

Antes de terminar, volvamos a nuestros días. Se ha creído solucionar el vacío teórico de la izquierda con una palabra: mariateguismo. Quizá en sociedades menos complejas baste con una palabra similar para desplegar un proyecto revolucionario (El Salvador o Nicaragua), pero en el Perú es insuficiente o en todo caso, se requiere dotarla de un contenido más preciso. Este contenido es un desafío. El mariateguismo, a la muerte de su fundador, quedó más como una aspiración que como una realidad, es decir, un estilo de encarar los problemas y no una respuesta a ellos.

Los problemas siguen pendientes. Entre otros, esa posibilidad de confluir marxismo y tradición andina. Muerto Mariátegui hubo algunos intentos que se pueden evocar mencionando nombres como Arguedas o Blanco, pero no pasaron de eso. Las respuestas, no se encontraron en la época de Mariátegui, ni en sus escritos porque el escurrido de la búsqueda no es el pasado, sino el futuro. La única manera de ser fiel a la tradición que Mariátegui pretendió inaugurar en la política peruana es recobrar la creatividad en el marxismo, esa imaginación de la que carecen ahora tantos dirigentes de izquierda, aprisionados por fórmulas y rituales cada vez más alejados de la realidad.

Entonces, la persistencia de ese pensamiento debemos buscarla en las apreciaciones fáciles o los juicios de valor. Un terreno más sólido es el estilo de aproximación a la "realidad peruana", el método, la manera de encarar a su sociedad. En una lista enumeración hay tres aspectos que terminan definiendo el mariateguismo:

1) El proyecto de insertar el marxismo y tradición nacional: marxismo confrontado con la cultura andina, el trasfondo campesino de cualquier alternativa en el Perú, la vigencia de la unidad.

2) La confluencia entre sociología e imaginación: en términos intuitivos, más que estudios sobre economía, los temas culturales predominan en los escritos de Mariátegui, así por ejemplo en la arquitectura de los 7 ensayos, la mitad de las páginas están dedicadas a la trayectoria histórica del Perú, el resto a promesas "superestructurales" como el regionalismo, el factor religioso, la educación, la cuestión indígena y quedan apenas unas pocas páginas para la evolución económica. Lo imaginario siempre concitó el interés de Mariátegui, allí están para probarlo sus numerosos comentarios sobre nosotros, poemas o pinturas. También su interés creciente por el cine. En otras palabras, todas las fuentes que podía alejarlo de esa chatura que caracterizará años después al llamado "socialismo real".

3) En la dirección anterior, la imaginación y la libertad lo condujeron a unir socialismo y utopía, elaborando la concepción en la cual el socialismo existía y se desarrollaba únicamente en el interior del movimiento de masas: un mito, una pasión colectiva, una esperanza que permitiera a las clases populares convertirse en actores de la historia, capaces de revertir el curso de los acontecimientos y edificar un mundo nuevo.

Estos aspectos no conforman una teoría, en el sentido estricto del término, ni tampoco un programa alternativo para la sociedad peruana. Apenas señalan el derrotero, un estilo de trabajar una manera de construir premamente esa alternativa. Mariátegui no tuvo el tiempo que tenía Haya para diseñar su sociología futura. No escribió un libro similar a *El Antiimperialismo y el Apra*, publicado en Santiago de Chile, en 1936. Pero no fue exactamente el problema de una muerte prematura y de falta de tiempo. El estilo de Mariátegui estaba a construir una propuesta colectiva, desde abajo, anclada en el interior mismo de la tradición histórica peruana. Hacia por el contrario, siempre percibió la revolución desde arriba, como obra de un grupo dirigente, suficientemente capaz para trazar con claridad las características de ese futuro. El estilo de Mariátegui estuvo lo más alejado posible del jacobinismo.

Es por esto que Mariátegui parece próximo a esa iniciación consciente marxista que privilegia la

## Alfredo



## Mariátegui y la generosidad

Escribe Edgardo Rivera Martínez

Hace ya muchos años estando de vacaciones en Jauja, fui a visitar a un antiguo profesor, y le oí hablar de las pequeñas y numerosas revistas, algunas muy modestas, que se habían publicado en los pueblos de la provincia en los años veinte. Meses después oí referir a un comunero que en una de esas publicaciones había un artículo de José Carlos Mariátegui. Me interesé, como es natural, en el asunto, y le pedí mayores datos. Consulté luego las fuentes bibliográficas disponibles por entonces. No, no encontré ninguna mención de ese texto. Nuevas averiguaciones parecieron situarme en un derrotero que se mostraba prometedor. La revista, por lo que pude saber, había aparecido como órgano de una entidad de Llocllapampa, y, según se me afirmó, no había alcanzado sino dos números, en el primero de los cuales había, a modo de presentación, una colaboración del amauta.

Decidí, pues, visitar aquel distrito, y lo hice acompañado por mi hermano un domingo de mayo o junio por la mañana. Pronto dimos con la persona que se nos había sugerido, y que resultó un vecino de cierta edad, reposado, amable. Nos escuchó y confirmó que, en efecto, se había editado esa revista, aunque no estaba muy seguro de su

nombre, pues en ese momento se le confundían con los de otras de aquella época. Se habían tirado muy pocos ejemplares, y el suyo se lo había llevado un sobrino, quien no lo había devuelto a pesar de los años transcurridos. Habló con nostalgia del fervor indigenista que se manifestó entonces en nuestra sierra, del que daban testimonio



las páginas de esa y otras publicaciones. Sí, los líderes de los comuneros sabían de Mariátegui, de su inmensa versación, de su vivo interés por los problemas del campo. Conocían también esa filiación suya que a muchos le debió parecer sorprendente, y exótica a otros, pero que todos juzgaron profundamente comprometida con la justicia social. Inducidos pues por ese prestigio, resolvieron pedirle unas líneas para el órgano que pensaban editar. Un viajero se encargó de visitar en Lima al ensayista y de solicitar la colaboración. Y Mariátegui, como era de esperar, no se negó; antes bien redactó y entregó pronto, muy pronto, aquel texto.

No dejé de encontrar alguna contradicción entre estas precisiones y el olvido del título que invocaba mi informante. Le ofrecí, por ello, todas las garantías de que si se daba a conocer aquel artículo, mencionaríamos debidamente a nuestro cortés interlocutor. Este se mantuvo, no obstante, y con la misma cortesía, en su posición inicial: no recordaba el nombre exacto, y no tenía ningún ejemplar. Dijo sí que nos daría una carta para aquel sobrino, si deseábamos visitarlo en su domicilio, que, según creo recordar, quedaba en Morococha. No insistimos, por cierto, y nos despedimos. Confiando un

poco en el azar realizamos algunas otras indagaciones en el pueblo, pero tampoco tuvimos éxito. Las circunstancias no quisieron que pudiera efectuar otras con posterioridad, y así debí resignarme a no saber de esa presentación, ni de las modestas páginas en que apareció.

Han transcurrido los años, y como no soy un especialista en la obra mariateguiana, ignoro si alguien dio con esa publicación. Incluso me he dicho que a lo mejor no fue tan recóndita, y que quizás ya entonces, en los días de mi visita a Llocllapampa, era conocida por los especialistas. Me imagino también que por su mismo carácter aquel texto no contendría nada especialmente revelador ni polémico, y que fuese de muy relativa importancia. Seguro estoy, en cambio, de que la prontitud con que fue escrito y entregado al emisario, sin que mediasen mayores averiguaciones ni titubeos por parte del autor de los 7 ensayos, da un adicional y revelador testimonio de la enorme generosidad de Mariátegui. Una generosidad que, como es bien sabido, no sólo fue material y ética, sino además vital, pues en ese quehacer, en esa dedicación militante, en esa indesmayable lucha por un socialismo creador y verdaderamente peruano, consumió su misma existencia.